

¿ASPIRA VASCONCELOS A PALADIN DEL
ANTICATOLICISMO EN CUBA?

Por Gastón Baquero.

El presidente vitalicio de los histéricos de Cuba, don Ramón Vasconcelos, monarca indestronable de la injuria, vino a estas páginas de BOHEMIA a refutar ¡por tercera vez!, un artículo mío, escrito con el único propósito de rescatar del lodo de un oposicionismo profesional, condicional e ineficaz, a una institución - la del matrimonio católico -, que la epeléptica embestida del portarrayos Ramón I maltratará más de lo admisible.

A fuer de enemigo del gobierno actual, Vasconcelos hizo cuestión de política el casamiento religioso de un grupo de altos oficiales del ejército. Para él, aquello no fué una acción perteneciente a la vida privada, sino a la oficial, porque se tomaron fotos y "noticieros" del acto, y porque los contrayentes desempeñaban cargos oficiales (!!). Ergo, siendo oficial el acto, ya podía lanzarse sobre él para destrozarlo, el señor que se ha impuesto la tarea profesional - no amateur -, de poner en solfa, venga bien o no, cuanto proceda de fuente gubernativa... salvo, desde luego, aquello que brotando de esas mismas fuentes, vaya a atravesar las áureas puertas del BAGA y se tienda a morir mansamente a los pies del señor y dueño de cuantos puestos, botellas, sinecuras y conexiones pertenezcan al alimenticio Ministerio de Educación.

1000140

Ya en su papel de Atila del autenticismo, Vasconcelos partió hacia la ceremonia y sus personajes, como parte hacia el rojo paño que lo fascina el toro enfurecido. Tanta era la presión que llevaba, tanto era el furor que le servía de combustible, que no reparó en que aquella ceremonia tenía dos términos, dos factores; el que él veía, sus odiados Grau, Genovevo y Paulina, y el que él no veía: la Iglesia Católica, que no se encontraba allí en tercera, ni desconociendo la institución del matrimonio civil, ni amparando ninguna desvergüenza, ni recompensando ningún favor, ni solicitando participación en lo malhabido, sino cumpliendo, muy seriamente, con uno de sus deberes más sagrados y significativos.

Al escribir su artículo, creía él que estaba poniendo el disco rayado de todos los días, y nada más. Para su ciega terquedad, aquello no era cosa de mayor importancia: haría reír a la gente a costa de Genovevo, mortificaría a Grau y a Paulina, y aquí paz y después gloria. Por supuesto que nadie se atrevería a refutarle nada, por dos razones: la primera, porque no hay quien se atreva con la aplanadora, con la panzer, con la manguera de fango; la segunda, porque nadie corre el riesgo, a estas alturas, de aparecer como defensor del régimen... El juego era seguro, o parecía muy seguro.

Pero he aquí que el maestro del libelo se había tragado los límites con velocidad de ametralladora. Para él, que se trataba de un artículo contra el régimen, de un brulote arrojado a la terraza del tercer piso. Pontificaba de lo lindo: él, el sabelotodo, sabía que aquello era una farsa; como no hay secretos para él en la conciencia de nadie, como es el chévere de los

chêveres, podía afirmar y afirmaba que aquello era una carnava-
lada y nada más. Sin advertirlo - esto es muy posible -, en aquel
artículo inicial se deslizaban puyas contra la Iglesia, juicios
sobre el valor del matrimonio religioso, dudas sobre la autori-
dad para contraer matrimonio tal en una República laica, murmu-
raciones sobre las relaciones entre el clero y los gobernantes,
etc., etc.

Ese artículo no gustó a los católicos, no podía gustarles.
Las manifestaciones de ese disgusto no llegaban a los oídos ma-
yestáticos de Don Ramón, porque jamás ha concebido él reparo, ni
crítica, ni discusión para sus afirmaciones. Lo que él dice es
una ley. Por esto, cuando apareció el señor Gastón Baquero con
un artículo en el cual demostraba que la intención central de
Don Ramón no era atacar a la Iglesia sino a los gobernantes, y
que por ello no cabía indignarse ni concederle demasiado al ar-
tículo del matrimonio, Don Ramón respondió en seguida con un
diestro quite: el señor Baquero mentía, nadie se había indignado,
tratábase de una zalema al poder hecha por el señor Baquero, y
en realidad Don Ramón era católico, porque aquí en Cuba todos
somos católicos mientras no se demuestre lo contrario... Quitán-
dose la tierra de los ojos, no dejaba de dar acogida a las más
gastadas argumentaciones de los enemigos de la Iglesia. Mientras
pretendía más y más que no se le tomase por un enemigo del cato-
licismo, desnudaba más y más sus viejas incoherencias religistoi-
des, sus escarceos materialistas y cientificistas, sus pretensio-
nes de hombre que está en el secreto de la sensualidad pagana de
la Iglesia, de la diferencia entre teología y religión, etc. Nada
original, nada fuerte, nada bien pensado. Vacuidades, niñerías

propias de los "pensadores" del diecinueve, y, en el fondo, la agresión a la Iglesia por donde la consideraba más vulnerable: por el clero y sus modos de vida, económicos y sociales.

Desde su butacón de senador por derecho de meter miedo, Vasconcelos pretendía nada menos que dar lecciones a la Iglesia. El maestro peroraba sobre las fallas de la sagrada institución, y amenazaba al señor Baquero con tratar algún día cosas que se le antojaban indefendibles o tabú. Al final de su primera contrarreplica, Baquero no pensaba insistir. A pesar de todo, Vasconcelos era una de las grandes figuras del periodismo cubano, y con todos sus defectos, y por esos mismos defectos, representaba en cierto modo esta desorientación nacional, este vértigo, esta frustración creciente de individuos y de obras, que es el signo trágico de nuestra patria.

Un periodista joven, en los umbrales de su carrera, comprendía los escepticismos, la irreligiosidad, la concepción sensual de la Iglesia, el relativismo concienzual tan amado por el viejo peleador. Esa generación, en términos generales, está integrada por hombres sin fe. Vivieron muy de cerca el desplome de las ilusiones patrias, paladearon desde la cuna el acíbar de la corrupción oficial, tocaron, en cuanto sus pasos echáronse a recorrer la tierra cubana, el surco del dolor y de la desesperación. Estos hombres que perdieron la fe, fueron, en cuanto nacidos, cadáveres vivientes. No son nada, no creen nada, no construyen nada, desconfián de todo. Para ellos no hay hombre honrado, ni filiación constante, ni creencia que valga la pena. En realidad, el periodista nuevo había pretendido sacar de un agujero al hombre que encaneciera en medio del circo, viviendo a dentelladas, reclaman-

do su puesto en el banquete de la República, y defendiendo su pedazo de botín con la audacia y la fiebre de un viejo pirata.

Al decir que Vasconcelos solo había querido atacar al gobierno, quería, en el fondo de mi corazón, protegerle contra la inmensa locura que es tratar en ese tono las cosas pertenecientes a Dios, como son el alma de cada uno, las voliciones de nuestros semejantes, la pureza de la Iglesia, obra viva de Dios, cuna y mástil suya sobre la tierra. Para mí, los ateos, los enemigos del catolicismo, los que se dan por satisfechos con una vida que comienza en la carne y termina en la carne, son seres hundidos en las tinieblas, huérfanos de la verdad, mendigos de amor. Comprendía muy bien que Vasconcelos, ejemplo de aquella generación descreída, infeliz, camorrera, abandonada a sus tristes querellas, llevase dentro de sí las semillas de un agnosticismo superado hace veinte siglos, de un descreimiento que fué moda y quizás razón cuando alboreaba la edad científica, pero que es hoy rémora de las mentalidades paralíticas, mácula de los intelectos que no han salido del ABC filosófico. Comprendía aquello, y por esto salí a ofrecer mi hombro, que no ha conocido todavía de la sangre, ni de la crueldad, ni del odio, al milite cansado que veía trastabillar y a punto de hundirse en tremedal peligroso.

Vasconcelos no quiso entender. Al artículo que yo había aceptado como punto final, hizo seguir una carta sucia, firmada por un incierto contador, que solo consiguió pintar de excremento las columnas del siempre avinagrado Caton de Grau. Ya no era él quien ofendía a los sacerdotes, quien arrojaba lodo sobre la Iglesia. Con un artificio muy pobre, muy de actor en la decadencia, puso a otro a hablar, cedió sus columnas a quien no tenía razón

1000144

ni derecho alguno para ocuparlas. Una mano casi piadosa quiso borrar, en la plana misma, el nombre del sacerdote más injuriado. Vasconcelos, quizás sin pretenderlo lúcidamente todavía, no echaba de ver que una intención recóndita pasaba al primer plano: ya no era el matrimonio de Genovevo, como él le aseguraba a Gastón Baquero, sino la Iglesia misma, directa, franca, groseramente combatida por quien declaraba, como quien no quiere la cosa, que era católico, nada menos que católico.

Después de la publicación de esa carta, que vino a confirmar cuanto dije en mi artículo, que borró las últimas huellas de duda en quienes querían justificar a Vasconcelos quitándole importancia a su artículo original, no cabía duda alguna, los anticatólicos, los hipócritas que persiguen a la Iglesia de Cristo comenzando siempre por afirmar que son cristianos, que estudiaron en colegios religiosos, etc. etc., habían encontrado un refugio seguro y brillante: las columnas de Ramón Vasconcelos. ¿Aspiraría éste a convertirse en paladín del anticatolicismo?

A esa carta no le dimos respuesta. Calumniábase allí a un sacerdote, cuya falta mayor, esto era indiscutible, consistía en que ha aparecido más de una vez fotografiado junto a la Primera Dama en actos religiosos o relacionados con la piedad. Y cuando pensábamos que el habilidoso Vasconcelos, abochornado por la acción que cometiera al entregar sus columnas para finalidad semejante, cortaría allí la ocurrencia, dióle, por aparecer en estas páginas de BOHEMIA con un artículo que superaba en virulencia y en procacidad, a la carta del contador y al artículo del matrimonio.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

¿Qué pretendía con esta nueva réplica? Destruir, descalificar a quien había tenido la osadía de hacerle frente. Juzgándose infalible e invencible, apeló a cuantas martingalas y marrullerías le dictaba su experiencia de gran remendador de actas en el partido liberal. Ahora el objetivo escogido no era ya Genovevo, sino Gastón Baquero. Pero como en aquella desdichada ocasión primera, el astuto zorro perdía puntería: disparaba contra Baquero, pero sus tiros iban a dar en el muro incommovible de la Iglesia. Ni entonces consiguió que le creyésemos opositorista a secas, ni ahora conseguía que le creyésemos zurrando a un novato y nada más. Entonces y ahora, arremetía contra aquello que ni mil Vasconcelos pueden arañar siquiera. Comprendí su nuevo traspies, y le publiqué en el "Diario" un artículo, programa de este que voy escribiendo. Prometía allí no tocar en lo personal, sino en las ideas, y así lo he hecho, en cuanto me lo ha permitido la excesiva concesión que a lo personal hizo el propio Vasconcelos. Llego, con esto, al artículo titulado cazarrudamente "Las crisis histéricas de Gastón Baquero".

Otro preambulo imprescindible

Los lectores de BOHEMIA conocen esa pieza salida de las manos augustas de Su Majestad Ramón I. En el título, y solo en el título, habla de histeria. Cosa rara, porque este es uno de los temas que mayor preocupación deberían proporcionarle al conspicuo senador. Debajo del título, pretendió escribir una especie de historial periodístico mío, y lo que vino a escribir fué su triste caricatura de amargado, de hombre con el hígado podrido por el rencor acumulado, por la rabia perpetua. Si nos diese por publicar su historial, tendríamos que vivir en una armadura. Veamos,

en síntesis, lo que vino a decir:

Baquero tenía en "Información" una columna borrosa. (Malévolamente, no dice de qué trataba en esa columna borrosa. Tendría que reconocer que allí escribía, ni más ni menos, lo mismo que luego continuaría escribiendo en el "Diario". Mi pensamiento - valga este lo que valga -, estaba hecho, en su totalidad, cuando ocupaba esa columna de "Información", que no sería tan borrosa cuando permitió que me hiciera visible hasta para los ojos más empeñados en no ver. Con toda probabilidad, el ilustre Don Ramón no me dispensaba el honor de leerme, porque de ser así, sabría que en "Información" dije y defendí o más que en el mismo "Diario" esas cosas que su jacobinismo transnochado moteja de "reaccionarias".

Ahora, comienza el laborioso senador a mentir a sabiendas como un desesperado: ni entré en el "Diario" por "la puerta ancha, que es la del Padre Rubinos"; ni José Ignacio Rivero, hijo, "puso en juego su influencia invisible e infalible para que le otorgaran (a Baquero) dignidades que jamás habían obtenido antes ni en tan poco tiempo ninguno de sus redactores"; ni hice carrera en pelo, ni se me fué empujando hacia la derecha... Nada de eso. Al "Diario" fui llamado por el hijo de José Ignacio Rivero, porque fué voluntad de su padre que yo fuera al "Diario" de la Marina". Las dignidades que se me confirieran vinieron hacia mí como testimonio, espontáneo de quienes creyeron estar haciendo justicia al concederlas.

No hay misterio alguno en mi presencia en el "Diario". Puede presenciarse en el "Diario". Puede muy bien Ramón Vasconcelos limpiar su mente de la asquerosidad que supone ese párrafo que co-

1000147

mienza diciendo: "Pero detrás de Baquero debía haber alguien". Escribir el nombre del Padre Rubinos, que es un sacerdote nobilísimo, nada "eminencia gris" sino sencillo, paternal, bueno, tierno como un niño y fiel como solo saben serlo quienes poseen su fe y su espíritu; escribir ese nombre, digo, y utilizar alusiones tan obscenas como la de "Alguien lo empujaba por detrás, enérgicamente, con tensa virilidad. Esa Eminencia Gris que operaba tras las atléticas espaldas de Gastón era, tenía que ser, el Padre Rubinos", es una vergüenza y una infamia, que su autor - si tuviera conciencia, - procuraría limpiar entregando al fuego su mano leprosa.

No, detrás de mí no había nadie. Si este hombre infeliz, si este anciano envenenado por la pudrición ambiental, que tanto ha contribuido a crear conociera la verdad, se moriría de arrepentimiento. Al Padre Rubinos le conocí mucho tiempo después de encontrarme en el "Diario de la Marina". Ni fué, ni es una eminencia gris, un poder tras el trono, pues allí no hay tronos ocultos ni nada que no pueda ser visto a plena luz por quien tenga los ojos limpios. La viuda y los hijos de "Pepín" Rivero, cumpliendo con su deber, pusieronse al frente del periódico, y allí continúan. Tienen el mando los que ocupan las posiciones de mando. No hay potencias ocultas, ni personajes en clave. El Padre Rubinos, amigo entrañable de "Pepín", tiene al "Diario" por su segundo hogar, pero de amigo puro y desinteresado no pasa. Ni censor ni brújula, porque el "Diario" navega con seguridad, invariables, consciente de sus ideales y de sus obligaciones. Como no hay peligro de que se cambie de piel, según la brisa que sople, no precisa ni existe la intervención secreta de sacerdote o eminencia

alguna... Por el "Diario" velan y al "Diario" orientan, sus principios, encarnados en Don Nicolás y en "Pepín" Rivero, los del recuerdo imborrable. En ese periódico me encuentro, a toda honra y a todo honor, porque sus actuales dirigentes apreciaron en mi pensamiento y en mis condiciones características apropiadas para servir - en la más noble acepción de la palabra - los grandes ideales de esa Casa. Y eso es todo; nada más.

¿A qué seguir analizando lo que de indole personal hay en el artículo de Vasconcelos? Sólo quiero repetirle que miente, y que miente a sabiendas, cuando dice: "Baquero se refugia en la sacristía para no intervenir desde su columna en los problemas que afectan a Cuba". ¿Se atrevería a revisar la colección de mis artículos? ¿Qué diría cuando comprobase que si de algo puedo estar satisfecho es de haber dedicado siempre mis esfuerzos a angustiarme por la vida de mi patria, a estudiar sus problemas, a sugerir soluciones, a condenar o a aplaudir lo que considero dañino o beneficioso para Cuba. ¡Y que esto lo diga el hombre que jamás ha escrito una línea constructiva, orientadora, sana; el legislador sin obra legislativa, el negador, que sólo sirve para hacer daño y para destruir!

Por más esfuerzos que he hecho a fin de no perder la paciencia y tratar friamente la cuestión planteada por Ramón Vasconcelos, me resulta imposible. Hierde demasiado; provoca demasiado. Sin embargo, mi propósito al venir a las páginas de BOHEMIA a refutar su artículo del viernes pasado, ceñíase a la defensa de la Iglesia Católica, que en su clero, en la conducta de éste, en su significado y valor para nuestra vida, resultó reiteradamente ofendida por Ramón Vasconcelos. Ante esto, lo personal pa-

lidece. Aunque el sapientísimo político diga que es meterme "en camisa de once varas", yo quiero aprovechar esta oportunidad que se me ofrece, para tratar públicamente, en voz alta, de esos temas que los Vasconcelos imaginan, infantilmente, enterrados por la Iglesia en lo más profundo de sus arcas.

Tomaré como pie las propias alusiones y acusaciones de Vasconcelos. Verá el lector, por lo menos el lector de buena fe (que es por quien yo escribo y deseo), que no hay razón alguna para inquietarse por las imputaciones políticas, económicas o sociales que a la Iglesia son hechas. Conviene, después de todo, poner al aire, al vivo sol, ciertas cuestiones que vienen arrastrándose desde hace mucho tiempo por cuantos rincones y pudrideros guarda la sociedad contemporánea.

¿Es rica la Iglesia? ¿Por qué son lujosos los templos? ¿Está comprometida la Iglesia en Cuba por las relaciones entre el clero y el gobierno actual? ¿Puede una "República laica" tolerar o permitir el matrimonio religioso de sus autoridades? ¿A qué se debe la discriminación racial en los colegios religiosos? ¿Es el cementerio de La Habana un gran negocio para la Iglesia? ¿Qué falta nos hace tener una fe? ¿Puede el hombre moderno, conocedor de la ciencia, creer en Dios y en la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana?

Internándonos en estas cuestiones, daremos de lado al señor Vasconcelos. Puede rugir cuanto quiera. Al terreno que me retó, yo he venido. Si le queda un adarme de buena fe reconocerá que estoy en mi lugar y en mi derecho cuando le contesto en la forma en que lo hago. No es mi costumbre, no es mi gusto, no es mi concepción del periodismo y de las relaciones entre los perio-

1000150

distas, producirme en esta forma. Pero la culpa es suya: creyó que podía apedrear impunemente todos los techos, y su piedra fué a golpear en la Casa de Dios, en la Iglesia. El más desarmado, el menos competente, el más humilde de los hijos de la Iglesia, opónese al hondero y, una vez devueltas las piedras con que intentara arruinarle la casa y la persona, comienza a hablar de lo que importa.

Bohemia, La Habana, enero 25 de 1948.